

mamentos franceses llegan con tal variedad de un día á otro, que no se puede decir con afirmación una cosa cierta y segura.» ¿Cómo saber la verdad? Vespasiano de Gonzaga va á Brouage á observar los movimientos de los navíos (1); Aguilon envía á Burdeos (2) un caballero navarro, llamado Francisco de Esparse, muy hombre de bien, muy buen caballero, que sin duda ninguna hallará excelentes ocasiones de saber noticias sobre el destino de la escuadra, para hacerlas llegar á Vespasiano de Gonzaga y á Zayas con la cifra que él le da.

No es inútil insistir sobre estos hechos de traición y los que van á seguir: las catástrofes que determinan, las miserias en que arrojan á Francia por más de un cuarto de siglo, prueban cuán malo es subordinar el patriotismo á todo sentimiento, incluso el fanatismo religioso. Padecemos tanto durante la segunda mitad del siglo XVI, que podemos detenernos un momento en historiar estos meses de prudente política. Nos es permitido admirar cuán fácil era entonces la trasformación de los destinos de Francia. Un poco más de amor al país en algunos en aquella hora decisiva, y otro sería el porvenir.

## CAPITULO XVII

SEGUNDO PERÍODO DE LA LUCHA CONTRA LOS PAISES BAJOS Y CONTRA CATALINA DE MÉDICIS.—  
SITIOS DE MONS Y DE HAARLEM  
1572-1574

EL CONDE DE GENLIS.—JORNADA DE SAN BARTOLOMÉ.—INCOHERENCIA  
DE LA DIPLOMACIA FRANCESA.—TOMA DE MONS.—EL DUQUE DE MEDINACELI.—DESCRÉDITO DE  
LA POLÍTICA FRANCESA.—SITIO DE HAARLEM.—DESALIENTO DEL DUQUE DE ALBA

### I.—El conde de Genlis

Cárlos IX había ido mucho más adelante de lo que creían los españoles. En cuanto supo la sublevación de las ciudades holandesas envió al conde de Genlis con cartas para el príncipe de Orange y el conde Ludovico prometiendo el apoyo de sus ejércitos (6). Genlis era un hugonote emprendedor que había llevado ya al príncipe un cuerpo de reformados franceses, duran-

(1) Ms. Arch. nac. K. 1526 pieza 75.

(2) *Ibid.* pieza 73.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1526, pieza 76, carta á Zúñiga.

(4) *Ibid.* 1529, pieza 99, el rey á Zúñiga.

(5) *Ibid.* pieza 110.

(6) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 269 y nota. La carta del rey de Francia es del 27 abril 1572.

No hay que olvidar la lección de los desastres que se causaron y de los esplendores que se perdieron.

«¡La escuadra de Burdeos! exclamaba riendo á carcajadas Catalina de Médicis (3). No tocará á vuestros intereses; podeis estar tan tranquilos como si vuestro rey fuera á bordo.» Esta risa no tranquilizaba de ninguna manera á Felipe II, el cual recomendaba á Zúñiga no chocar con Cárlos IX evitando todo pretexto de rompimiento. «En todas las ocasiones, le escribía, agradecer al rey con buenas palabras y asegurarle que en mí hallará toda correspondencia de buena y verdadera amistad y hermandad» (4).

La gente de guerra se concentraba en Picardía: Briquemaut prepara la invasión del Heno; los acontecimientos se precipitan; pero Felipe II espera siempre que el tiempo le depare una coyuntura favorable. «Entre tanto que no se quitan la máscara, dice todavía (5), conviene que no se la quitemos, sino darles á entender que lo creemos, y caminar con la disimulación que caminan, miéntras no se nos diese mayor y más descubierta causa para hacer otra cosa.»

te su campaña anterior. Seguro esta vez del apoyo de su rey, se concertó con el conde Ludovico para tomar la ciudad de Mons.

Ludovico se presenta delante de Mons: «llega el 24 de mayo (7) entre tres y cuatro de la madrugada, hallando ya abiertas las puertas, entra dejando á fuera cierto número de hombres, y forma en batalla, en la plaza llamada de la Paz, delante de la casa de la ciudad que ocupa desde luégo. La gente que todavía estaba durmiendo, al ruido de los caballos, comenzó á asomarse á las ventanas y otros salieron á la plaza á ver qué era. Y no conocían al dicho con-

(7) De 1572. La Huguerye, *Memorias*, tom. I, pág. 106.

de que les declaró la ocasión de su venida en armas, diciendo que venía á librarlos de la tiranía del duque de Alba, y los exhortaba á asistirle para su liberación, procurando ganar tiempo hasta la venida de Genlis. El pueblo no respondió nada, crecía y se agrupaba al rededor de las fuerzas del conde, de modo que temió éste caer en peligro de su persona y dijo al pueblo.—¿Nada me decís? Si mi venida no os es grata, decidmelo, y me retiraré. Dadnos solamente un vaso de vino á cada uno, y avena para los caballos.—Algunos echaron pié á tierra. Al cabo de dos horas, viendo la poca fuerza que llevaba, retrocedió en órden á la puerta por donde había entrado, lentamente y en formación. Sólo quedaban ya unos diez hombres bajo la bóveda «y el puente levadizo iba ya á alzarse tras ellos.» cuando llegó un campesino á anunciar al francés Guetry, que era el último de la fila, la proximidad de Genlis. Guetry hizo volver á toda la gente y entraron de nuevo en la ciudad. Ludovico entró también, seguido de Genlis, que hizo creer al pueblo que venían mayores fuerzas, retirándose á su casa cada cual.»

El francés La Noue fué ménos afortunado en Valenciennes; consiguió entrar en la ciudad, pero no desalojar á la guarnición española de la ciudadela, donde se encerró (1). Por esto, Ludovico, cuyos camaradas eran pocos en número para repartirse entre dos ciudades, llamó á La Noue «y le rogó que retirara de Valenciennes toda su gente y la llevara á Mons, como se hizo la tercera noche de nuestra llegada á Valenciennes» (2). Los españoles de la ciudadela se dieron buena prisa en aprovechar la tregua para hacer sus correrías por las calles y llevarse en carretones «oro, plata, grano y otras mercancías y las mujeres que encontraban, y repitieron tan á menudo estas operaciones, que no sabiendo qué hacer de las grandes riquezas que hallaban, obligaban á los carreteros á llevarlas á Tournay, Condé y otras ciudades, y á los campesinos á comprarles parte de los dichos latrocinios á vista de los mismos á quienes se los habían hecho» (3).

Pero la ventaja de asegurar la conservación de Mons bien valía el sacrificio de Valenciennes. Mons, en efecto, hizo volver la cara á las fuerzas del duque de Alba y operó la diversion ne-

(1) El 23 de mayo. Véase la Popeliniere, edic. 1581, tom. II, página 53.—D' Aubigné, las *Historias*, ed. 1626, pág. 615.—Ms. de los Archivos del Norte y de la ciudad de Cambray, y sobre todo el de Simon el Bouco.

(2) La Huguerye, *Memorias*.

(3) Ms. de los Arch. de Cambrai. Extractos dados por Carlier, *Valenciennes y el rey de España*.

cesaría (4). Pero esto es nada todavía, habiéndose conseguido un resultado mucho más considerable.

El mismo día en que supo el éxito del golpe de mano sobre Mons, adoptó al fin Cárlos IX un partido decisivo, y en su virtud escribió á los jefes de sus tropas preparadas en las fronteras de Picardía, los señores de Renty y de Laigny (5): «Doy órden al señor de Briquemaut, gentil-hombre ordinario de mi cámara, que os diga algunas cosas concernientes á mi servicio, en las cuales os ruego y mando le deis entero crédito como á mí mismo y le satisfacais y asistais con mucha diligencia, por cuanto deseais el bien del dicho mio servicio» (6). Al mismo tiempo toma medidas para defender el Mediodía y escribe al vizconde de Orte, gobernador de Bayona (7): «Tengo por cierto que los españoles caerán por esa parte, tanto porque saben el mal estado de todas las plazas de por ahí, sin excluir á Bayona, como por las inteligencias que puedan tener dentro, especialmente con un español que habita en el castillo viejo de esa dicha plaza. Por tanto, he venido en enviaros este despacho para deciros que mi intención es que luégo de recibir el presente cambiéis todas y cada una de las guardias de ese dicho castillo, haciendo salir de él á todos los españoles y demás extranjeros que en él haya, sin alejaros vos.»

El gobernador de Picardía (8) tenía ya aviso de estar alerta y bien á la mira de las acciones y movimientos del duque de Alba por la parte en que haría operar sus fuerzas y del progreso de las empresas de los perdidos.

La guerra no está aún abiertamente declarada. «Antier, escribe Zúñiga, tuvieron aquí un gran consejo sobre si romperían con S. M. ó no, y en fin no se resolvieron. Si vieran la ocasión la abrazarían, y no hay que fiar, sino estar con la espada en la mano. En Mezieres ay agora hechas trece compañías, aunque no están muy bien armadas (9). En Picardía se continua de

(4) La Huguerye, *Memorias*, tom. I, pág. 110.

(5) El 29 de mayo de 1572, cinco días despues de la toma de Mons.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1529, piezas 63 y siguientes. Este legajo es la traducción al castellano de los documentos oficiales cogidos por los españoles en los cuerpos muertos de los oficiales franceses y guardados por el duque de Alba, que envió al rey las simples traducciones que poseemos.

(7) *Ibid.* K. 1529, pieza 98, del 27 de junio 1572. Este documento y los anteriores, que cortan sin discusión posible todas las controversias sobre los acontecimientos de este año, no han sido al parecer consultados con mucha frecuencia.

(8) Ms. Colec. Fillon, n.º 133.

(9) Ms. Arch. nac. K. 1529, pieza 98, del 27 junio 1572.

juntar gente, toda á cencerros atapados» (1).

El duque de Alba sospecha que Genlis está destinado á conducir á Mons la vanguardia del ejército francés de socorro, y así vigila con el mayor cuidado todos sus movimientos. «He tenido aviso que á los 21 deste salió Genlis de Mons con 23, ó 24 cavallos. El rey de Francia debe prevenirle que se abstenga de semejantes meneas; pero se le ha de pedir con mucha blandura y sin darles ocasion á que pierdan la vergüenza» (2). ¿A dónde ha ido Genlis? El duque de Alba lo pregunta por todas partes: ahora lo supone en Paris (3), ahora en Malinas (4). Genlis está en Picardía, y se pone á la cabeza de las tropas francesas que ha preparado Briquemaut. «Sale cada dia gente desta villa, anuncia el embajador Zúñiga (5), y señaladamente el domingo pasado salieron 600 hombres, y el dia siguiente 800, y tambien va cavallería; y siete leguas de aquí ha pasado la compañía de hombres de armas del almirante y hasta 300 infantes con ella, todo encaminado en Picardía.» Los preparativos están admirablemente combinados. En algunas semanas se va á entrar en campaña «con quince mil arcabuceros y dos mil caballos, todo de una nación» (6). Pero lo más urgente es salvar á Mons. Genlis reune con presteza cuanto puede ponerse en movimiento inmediatamente, y parte con la esperanza de encontrar bajo los muros de Mons el ejército de 15,000 mercenarios alemanes que el príncipe de Orange trae de las orillas del Rhin. Fuerza la marcha, pues le incumbe la presteza: sabe que la plaza no tiene suficiente guarnicion, que el hijo del duque de Alba, Don Fadrique de Toledo, manda el ejército de operaciones y no puede perder momento, si quiere introducir los refuerzos.

¿Se precipitó Genlis en querer entrar en Mons para allegar un socorro con impaciencia esperado? De esto fué acusado por todos aquellos á quienes halaga el fácil tema de la ligereza francesa: Genlis habria debido esperar al príncipe de Orange para acercarse á Mons. Pero los extranjerios que tan duramente vituperaron la precipitacion de los franceses en hacerse matar por ellos, olvidan que el príncipe de Orange tenia un ejército de alemanes; ocho dias des-

pues de la empresa de Genlis estos alemanes no habian pasado aún de Roermond, cincuenta leguas de Mons, saqueaban la ciudad, se negaban á salir de ella y en ella permanecieron más de un mes. «No tengo, decia el príncipe de Orange con desesperacion, más que alemanes, mal pagados y corruptibles» (7). Los franceses no podian, como ellos, estar inmóviles durante seis semanas al lado de una plaza sitiada. Genlis entra en el Henao (8); los católicos dan aviso al duque de Alba de las etapas y movimientos del ejército francés (9); Don Fadrique de Toledo queda bajo los muros de Mons, y confia á Chapin Vitelli el cuidado de sorprender el ejército de socorro, envuelto ya por los espías.

Chapin Vitelli, marqués de Cetona, era una de las figuras más extrañas del ejército español. Era un florentino monstruosamente grueso; como que tenia que sostenerse el vientre con círculos de hierro. Burlon, bravo y cruel, era adorado por el soldado español. Puede apreciarse su índole tan sarcástica como feroz por esta cuchufleta. Despues de uno de los saqueos de Amberes, un sabio español, el dulce Arias Montano, hubo de decirle tristemente:—Han malparido en la ciudad más de trescientas mujeres.—A trueque de ello, contestó riendo Vitelli, quedarán más de seiscientas preñadas» (10). Cuando se proyectaba matar á la reina de Inglaterra, él mismo, general del ejército, se brindó á pasar la Mancha con ocho hombres para arrebatar á Isabel y entregarla al duque de Alba.

Vitelli dejó que se metiera Genlis en el bosque de Autraye, cerca de Quievrain, y allí le sorprendió, matando la mitad de su gente y haciéndolo á él prisionero con el resto. Méenos de trescientos franceses pudieron escaparse y llegaron cubiertos de lodo á las puertas de Mons, donde fueron recogidos. Sobre los muertos y prisioneros encontraron las cartas de Carlos IX en que se ordenaba á los capitanes seguir las instrucciones llevadas por Briquemaut. Se le ocuparon á Genlis las órdenes del rey de Francia intimándole llevar pronto socorro á los sitiados de Mons.—Tengo en mi poder, anuncia sin demora el duque de Alba (11), una carta del

(7) La Huguerye, *Memorias*, tom. I, pág. 131.

(8) El 17 de julio de 1572.

(9) G. de Saulx.—Tavannes, ed. Buchon, pág. 430.—D' Aubigné, ed. 1626, col. 539, 615, 616.—Mendoza, *Comentarios*, VI.

(10) *Memorias de la Real Acad. de la hist.* tom. VII, pág. 133, carta del comendador mayor á Zayas. Es el saco de mayo de 1574.

(11) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 269, Albornoz á Zayas.

Es probablemente la carta fechada en Saint Leger, el 27 de abril de 1572, al conde Ludovico, cuya traduccion castellana encontró Gachard en Simancas.

(1) Ms. Arch. nac. K. 1529, pieza 96.

(2) *Ibid.* pieza 95.

(3) *Ibid.* pieza 105.

(4) *Ibid.* pieza 106.

(5) *Ibid.* pieza 109.

(6) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. IV, pág. 23 del Suplemento. Saint Gouard escribe á Carlos IX la aparicion de los españoles.

rey de Francia que os llenaria de asombro, si la viérais; pero no conviene por ahora decir nada. Limitaré á pedir que se pregunte á Carlos IX, fingiendo ignorancia, «si reconoce esta tropa, ó no» (1).

El estupor es más profundo en Paris, cuando se sabe el desastre. El español Ayala, á quien creia Catalina tener á su devocion, refiere aquel mismo dia á Zúñiga la escena que ha presenciado en casa de Coligny (2). «Creo, dice, le traspasó el corazon como cuchillo agudo; hazian en su salon grandes exclamaciones aquellas animitas sanctas de aquellos herejes, y todos lloraban á Genlis y decian maravillas; y un ca-

ballero llamado Feligny dixo que habia de comer los corazones de los españoles, y podria ser que los españoles le coman á él todo entero... El almirante dice que habia aconsejado que no debiera socorrer á Mons. Digo esto á Vm. porque lo oy y me hallé presente á todo en la sala del almirante. Cada uno clamaba: ¡Oh desdichado Genlis!»

Carlos IX, que no estaba aún en aptitud de reparar este descalabro, creyó oportuno disimular á su vez y escribió á Mondoucet, su enviado cerca del duque de Alba (3): «Me anunciais que por muchas cartas y papeles hallados en los que fueron deshechos con Genlis sábese por

MEDALLAS CONMEMORATIVAS DE LA NOCHE DE SAN BARTOLOMÉ



Mandada acuñar por Carlos IX de Francia

Mandada acuñar por el papa Gregorio XIII

ahí que lo que se hizo por Genlis, se hizo con mi consentimiento.» Debeis desaprobador la empresa y aún decir al duque de Alba «lo que sabeis de las cosas de sus enemigos para hacerle creer más en nuestra integridad; pues bien que no lo crea, servirá no embargante á mi intencion, como lo hagais hábilmente. Conviene que no se descubra que estais en inteligencia con el príncipe de Orange, y que cuideis de que si fuesen sorprendidos los que despacheis, no se les encuentre encima nada que haga fe.» ¡Carta vergonzosa! Cada palabra descubre la participacion del rey en el mismo hecho que niega, prescribe trapacerías sin esperar siquiera engañar á nadie, consagra la humillacion de la corona, sin la probabilidad de salvar á los prisioneros.

Porque desde el momento en que los prisioneros de Quievrain no fueron enviados por su rey más allá de las fronteras, no podian ya ser tratados sino como simples malhechores en pugna con el derecho de gentes para prestar ayuda á rebeldes y herejes. No tardó el duque

de Alba en asentarlos así para hacer constar mejor el oprobio de Carlos IX. Luégo que Mondoucet le comunicó la desaprobacion real, el 18 de agosto á las ocho de la noche «hizo trabajar á maese Evrard Lesaigne, verdugo de Valenciennes,» el cual fué atando á los prisioneros franceses por grupos de nueve en nueve y arrojándolos sucesivamente al Escalda. Cuando hubo bastantes ahogados fué ahorcando uno á uno á los restantes. Genlis fué provisionalmente reservado con algunos otros.

Simultáneamente la reina de Inglaterra, no ménos páfida que Carlos IX, ofrecia entregar los protestantes al duque de Alba. «Los de Flessinga, le decia (4), vienen cada dia á ofrescer de entregarle aquella villa. Si conviene al servicio y contentamiento de S. M. que estuviese en mi poder, yo tomaria la plaza y la restituiria al duque de Alba.»

Viendo el servilismo de todos los soberanos, el duque de Alba tenia el derecho de repetir confiadamente su expresion favorita (5): «Dios encamine estos negocios como más se sirva, que no dubdo siendo suyos.» Pero bien sabia que el

(1) La Huguerye, *Memorias*, tom. I, pág. 127.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1529, pieza 136.

(3) Bolet. soc. R. de Bélgica, tom. IV, de 1852, pág. 340, carta de Carlos IX á Mondoucet, del 12 de agosto 1572, publicada conforme al Ms. Bibl. nac. fond. Saint Germain.

(4) Puntos de cartas de Anton de Guaras al duque de Alba, extracto de Froude, tom. X, pág. 382.

(5) Ms. Arch. nac. K. 1529, pieza 111. Expresion reproducida con frecuencia.

peligro real estaba siempre por la parte de Francia. De vez en cuando anunciábase Zúñiga consejos secretos. Lo que salga de ellos (1), le decía, vos lo sabreis por poco que valga la noticia. Porque Gondi le refería puntualmente todos los proyectos del rey y de Catalina. «El Gondi va camino derecho; yo le voy dando todas las esperanzas que puedo sin señalarle pieza, y le he dicho que el señor Zayas es gran su amigo» (2). Patronazgo de que Gondi hubiera estado ménos orgulloso, á saber que aquel mismo Zayas aceptaba del rey Carlos IX una pensión para ayudarle «á casar una su hija, solterona muy fea» (3).

Todas las noticias estaban conformes en dar por resuelto el casamiento de Enrique de Navarra. Si el Padre Santo no firmaba la dispensa, se pasarían sin ella. «Preguntando yo á Gerónimo Gondi si tenían la dispensación, me respondió que el Papa no dexaría de darla, porque no quería que se hiciese sin ella» (4).

Con todo eso, la necesidad de la dispensa pontificia hacia esperar á los españoles que no podría celebrarse el matrimonio. Pero de pronto saben que acaba de celebrarse con la bendición del cardenal Borbon. «Engañaron al dicho de Borbon, escribe el embajador Zúñiga (5), ó él se dexó engañar con una carta fingida que hicieron semblante que traía el correo.» Es cosa hecha: los hugonotes se han reconciliado con los católicos: no se piensa sino en los intereses de Francia; todas nuestras fuerzas van á caer sobre los Países Bajos y á vengar la matanza de los compañeros de Genlis. Somos ya dueños del duque de Alba, según la expresión del príncipe de Orange (6).

II.—Jornada de San Bartolomé

El falso cálculo de una mujer rompió bruscamente este equilibrio y engañó todas las esperanzas. Es fácil seguir los sentimientos que se agitan en el ánimo de Catalina: era muy francesa, pero se rodeaba de extranjeros que preferían una pequeña suma de dinero á los intereses de Francia, como Ayala, Gondi, Gonzaga, etc. Estos mismos intereses estaban subordinados en su pensamiento á los de su propio poder.

Su idea fija en aquella época era imponer al mundo católico su hijo predilecto Enrique de Valois. Este excesivo amor á un hijo ingrato y de-

(1) Ms. Arch. nac. K. pieza 112.

(2) *Ibid.* K. 1530, pieza 13.

(3) Ms. Bibl. nac. franc. 10752, fol. 542, Fourquevaux á Catalina.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1529, pieza 76.

(5) *Ibid.*, K. 1530, pieza 18.

(6) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. III, pág. 505.

gradado es la falta capital de Catalina. Sueña con verlo á la vez rey de Inglaterra, rey de Polonia y conquistador de los Países Bajos: preséntalo con orgullo como el vencedor de Jarnac y de Montcontour, el héroe católico; se indigna de que los vencidos por él en batallas campales acudan cerca de Carlos IX y lo rodeen; más aún, sean los favoritos: Coligny es el único á quien se escucha; está destinado á comandar el ejército de Flandes, como si aquellos hugonotes fueran los únicos conocedores de la ciencia de la guerra. Sólo á ellos se atiende en el Louvre, sobre todo desde la llegada de Enrique de Navarra con sus gascones. Hablan alto; hombrean con Tavannes, Nevers, Enrique de Valois; llevan tras sí ministros grasientos que en su jerga de Canaan abominan de las costumbres elegantes, hablan de relegar á Catalina á Florencia y á su hijo amado á Cracovia. Carlos IX maltrata á su hermano y se entrega á Coligny. «Siempre y cuando el rey había departido con el almirante, dice Enrique de Valois (7), la reina madre y yo lo encontrábamos maravillosamente fogoso y enfurruñado, y aún más sus respuestas.» Inquiétase Catalina, llora (8), se pregunta si la unión de los partidos no se puede hacer también por ella contra los españoles. Suprimir al almirante no sería nada: los hugonotes no se moverían, teniéndolos ella bajo su mano por el resorte de su yerno Enrique de Navarra, su verdadero jefe; pero inspiraría una engañosa seguridad al rey de España, si le diera como prenda la muerte de Coligny; aseguraría fáciles triunfos á su príncipe adorado Enrique de Valois que tomaría el mando de los ejércitos, y conservaría bajo sus órdenes á los hugonotes con Enrique de Navarra. Juzga que le va en ello el destierro á Florencia y resuelve la muerte del almirante cubriéndose con el pretexto de los de Guisa (9). Los acontecimientos que siguen son famosos en nuestra historia: ménos se sabe cómo los han referido y juzgado los españoles.

«Saliendo ayer de palacio para su casa, escribe Zúñiga al rey (10), leyendo como iba una carta, desde una ventana le tiraron un arcabuzazo con cuatro balas, del cual le llevaron un dedo de la mano derecha y le entró por entre los de la izquierda rompiéndole los huesos del brazo hasta pasar el cobdo. De la casa que le

(7) Discurso del rey Enrique III, publicado en las *Memorias* de Villeroy, tom. II, pág. 52.

(8) Relaz. ven. Correr.

(9) Tavannes, *Memorias*.

(10) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 19, del 22 agosto 1572.

tiraron tenían cerrada la puerta principal y abierta la trasera, y en ella tenían un caballo español, en el cual vino hasta la puerta de Sanct Antonio y allí tomó un turco y se salió con él. El almirante entiende que el duque de Guisa le hizo dar este arcabuzazo. Lo que yo puedo alcanzar es que la reina madre es la que le ordenó y lo hizo hacer. El rey estaba jugando á la pelota con el duque de Guisa, cuando se lo llegaron á decir; quedó muerto sin color ninguna. Díceme Hierónimo Gondi que el primero que llegó á decir á la Reyna madre como habían dado el arcabuzazo al almirante, la halló muy entera sin hacer semblante ninguno. Y luego llegó Monseñor de Anjou y encerráronse madre y hijo en una cámara.»

Peró Zúñiga ya no está tan exactamente informado, ni mucho ménos de los acontecimientos que siguieron: sus espías estaban entónces más ocupados en llenarse las manos en las casas de los burgueses que en recoger informes. Ignora cómo fué hábilmente desviada la cólera del rey por las seducciones de la madre, que se declaró autora del atentado contra el almirante, preguntó si se tenía miedo á los hugonotes vencidos por Enrique de Valois, y provocó en fin aquel grito de niño desvergonzado:—Matadlos, pues; pero matadlos todos, para que nadie me eche en cara mi mala fe.—«Fueron los duques de Guisa y Aumala y el caballero Angulema á la casa del almirante, escribe Zúñiga (1). El almirante tenía muy bien cerrada la puerta y arrimadas carretas á ella porque no le entrasen: entraron por unas cocinas, quitaron una reja de una ventana para entrarle; él se hizo muerto y como le tomaran para echarle por una ventana hizo fuerza y luego le dieron un pistoletazo por la cabeza y muchas puñaladas y lo echaron por la ventana en el patio. Y luego cogieron en su propia posada á Briquemaut, que en todas las guerras pasadas había sido su teniente, y le mataron y un hijo suyo que con él estaba y á todos los criados que pudieron coger. Fueron en casa de Feligny su yerno y también le mataron; fueron á la del conde de Rochefocaul y le mataron y á su hijo mayor y otros. Entre-

(1) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 20. Es curioso observar cómo este agente, ordinariamente tan bien informado, acumula errores en la narración de los acontecimientos; la alegría le hubo de hacer que perdiera toda su serenidad. Esta carta está escrita durante la matanza, antes de que el duque de Guisa volviera de su excursión á Montfort l'Amaury, esto es el 24 de agosto por la tarde y está fechada el 23, habiendo llegado á Madrid el 7 de setiembre. Felipe II no sabía nada el 5 del mismo. (Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 32.) Saint Gouard fué avisado más tarde todavía. (Corresp. Ms. Bibl. nac. folios 50 y siguientes.)

tanto que esto se hacia fueron cuatro arqueros de parte del rey al aposento del príncipe de Bearn á sacar los que en él había, y aunque él quiso agraviarse dello, los arqueros dixeron que no podían hacer otra cosa, habiéndoselo mandado el rey, y así sacaron de allí al capitán Piles y dos criados suyos y á un su ayo que se llamaba Baubes, Pardillan su caballero, y los mataron á todos y también al marqués de Senexen. Luego los demandaban á todos y arrastraban por las calles, y les saquean sus casas muy á prisa, y lo mismo hacen en todas las casas de los hugonotes, vecinos desta villa y aunque no lo sean los matan sin dexar niño, arcabuzeándolos por las calles, que antes de medio día habían muerto y echado en el río pasados de tres mil. En el punto dieron orden por todo el Reyno para que se haga lo mismo. Hase escapado Mongomeri, anda tras él el duque de Guisa. Con esto yo creo que el de Oranges y los que han tenido ruyn intención á las cosas de V. M. podrán ser poca parte para poner en execución sus ruines deseos. Bendito sea Dios que vuelva por su causa y ponga en corazón á estos Reyes que acaben esto como han comenzado. Hasta agora entiendo que serán por todo los muertos mas de cinco mil en esta villa sin haberse dexado en sus casas ninguna cosa.»

Peró algunos dias despues, escribe con más serenidad y rectifica los primeros errores chanceándose con cierto desden del grosero júbilo de Catalina que le había dicho (2):—¿Se ha hecho bien la cosa? ¿Soy hereje como decía Don Francés?—Con esto reconstituye la cadena de los acontecimientos y traza con sagacidad la serie de hechos que han determinado el golpe (3). «El matar á estos, dice, no fué caso pensado, sino repentino, porque si ellos quisieran haber executado en estos, pudieran haberlo hecho más á su salvo; pero no querían matar sino al almirante y dar á entender que el duque de Guisa lo había hecho para disculparse con los principales hugonotes que quedaban deste Reyno, y en Inglaterra y con los protestantes de Alemania; y como el que tiró el arcabuzazo fué mal certero y el almirante entendió de donde venía, se determinaron á descubrirse y hacer lo que han hecho.»

Cuando los que tienen la misión de la justicia y de la paz violentan la paz y la justicia, cuando se da el honor nacional á las risotadas del enemigo, los prudentes y virtuosos no pue-

(2) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 28, del 31 de agosto.

(3) *Ibid.* pieza 29, segunda carta del mismo día.